

# LA CONFESIÓN



Colección “Raíces de la fe”

**BÁSICA**

LEANDRO FANLO, cmf

# LA CONFESIÓN

Por qué, cómo, cuándo



Ciudad Nueva

2ª impresión: noviembre 2012

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2012, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-257-0  
Depósito legal: M-24.489-2012

Impreso en España - Printed in Spain  
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## *¿Sigue teniendo sentido la confesión?*

### *Examen de Dios antes que de conciencia*

Para muchos cristianos, la confesión es, sin duda, un problema, y más si se centra la atención en ciertas circunstancias que pueden resultar, cuando menos, extrañas. Disparar el flash ante alguien que está diciendo sus pecados en la penumbra de la iglesia no sería explicar la confesión.

Existe una explicación profundamente humana y divina, llena de belleza y coherencia, que debería servir de marco a la instantánea circunstancial de «decir los pecados».

Ante todo, creo que la confesión habría que verla en este contexto: se trata de Dios. Éste es su punto central. Quien ha comprendido un poco a Dios y desea encontrarse con Él, comprende la confesión. Es una experiencia humana

que supera el conocimiento, donde la persona ha quedado sorprendida por la relación única e incomparable que ha tenido con Dios en un momento dado de su vida. Es la experiencia más profunda que pueda tener alguien: sentirse hijo de un Padre que, en vez de acusar, en vez de reprochar nuestra huida, se enternece por habernos encontrado. Nunca podremos comprender que Quien más nos ha querido nos haya querido tanto.

Es posible que ya hayamos tenido experiencia de Dios-Amor, que hayamos gozado con su relato... Pero enterarnos de que nuestro regreso al Padre está siendo tan esperado y de que es objeto de una fiesta en la que prácticamente se tira la casa por la ventana no es fácil de entender, ni siquiera para las personas mejores. Pues esto es lo que se significa el sacramento de la penitencia.

Lo que menos se entiende es lo que no se ha vivido, y la verdad es que hemos vivido más de la acusación que del perdón, más del miedo que de la misericordia, de modo que ésta nos llega a parecer irrazonable. No entra en las categorías de una cultura que se defiende construyendo

cárceles en vez de recuperar a las personas desde dentro, liberándolas de la esclavitud de sentirse solas o de no haber sido amadas.

El único modo de vencer el mal es ahogándolo en el bien, y el bien más fino es la misericordia.

Sin duda, Dios no quiere el pecado. En efecto, cuando Jesús perdonaba, solía decir: «Vete en paz y no peques más». En una ocasión, cuando cura al paralítico de Siloé, añade incluso: «...no sea que te ocurra algo peor» (*Jn* 5, 14). Y lo mismo le dice a la mujer adúltera: «No peques más» (*Jn* 8, 11). Son afirmaciones categóricas que no admiten paños calientes con el pecado. No obstante, el pecador lo entiende porque, antes de la advertencia, se ha sentido amado concretamente con los hechos, ya sea con un milagro (en el caso del paralítico) o librándola de un peligro extremo (la lapidación en el caso de la adúltera). Todo por pura misericordia y saltándose todas las razones lógicas de la ley: actitudes por las que será condenado a muerte.

La confesión es una iniciativa de Dios más que nuestra. Y esto es lo primero que tendría-

mos que comprender para cambiar muchas actitudes erróneas sobre la práctica de este sacramento.

Es posible que nuestra propia debilidad nos haya distorsionado la realidad hasta ocultarnos lo mejor de Dios: su misericordia. Nos hemos fijado sobre todo en la desnudez que nos avergüenza. Pero para Dios las cosas son de otra manera.

En efecto; cuando hablamos de confesión, generalmente solemos centrar más el interés y el esfuerzo en lo que corresponde a nuestra parte: ser conscientes del pecado, puntualizar su malicia, excitar el dolor, proponer no cometerlo más...

Eso ha sido lo que más nos ha inquietado, como al hijo pródigo, que se aprende de memoria lo que ha de decir cuando se encuentre con su padre, a quien se imagina con el dedo levantado y recriminándole lo mal que ha actuado: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros» (*Lc 15, 19*).

Sin embargo, se nos ha olvidado –o no hemos asumido vivencialmente– el conocimiento



de lo más bello de la parábola, que es la reacción del Padre, a quien parece importarle poco la confesión de su hijo, pues ni siquiera responde a la acusación que él le hace: simplemente la acepta y la escucha. En cambio, se deshace en regalos y atenciones que serían más apropiadas para uno que ha hecho una buena acción o ha conseguido un éxito para la familia: «Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete» (Lc 15, 22-23). Para el padre, lo más importante es que ha encontrado vivo a su hijo, que ha vuelto a casa.

En realidad, en esta hermosísima parábola el protagonismo no lo tiene el hijo, sino el padre. En vez de «parábola del hijo pródigo», debería llamarse «del padre que perdona». Todas las reacciones del padre sorprenden, ni siquiera son comprendidas. Es lo que le sucede al hijo mayor, a quien le parecen reacciones desproporcionadas... Y tiene razón, pues sólo se comprenden con la perspectiva del amor de Dios.

Por otra parte, el hijo pródigo se comporta con unas reacciones que son muy nuestras y que conocemos bien, porque dan la medida de nuestra pobreza. Al sentir el estómago vacío, se acuerda de su casa y acude a su padre lleno de temor. Aquí nos podemos reconocer todos. Realmente, quedamos muy bien retratados.

Por ello es necesario que nos repitan que la confesión, sobre todo, contiene y produce las actitudes increíbles de un Padre como el del Evangelio.

La confesión es un don antes incluso que perdón. En ella se nos regala el modo de ser de Dios y se nos pide la humildad necesaria para aceptarlo.

Es bueno reconocernos pecadores, grandes pecadores, pero antes de darnos golpes de pecho tendríamos que llevarnos las manos a la cabeza llenos de asombro ante la increíble actitud de Dios, el cual, teniendo todas las razones de su parte, se pierde por nosotros, los perdidos.

También es verdad que la confesión es impensable sin el deseo del retorno, que se llama conversión; no obstante, ésta queda propiciada por el recuerdo de ese Padre que siempre ha si-